

LA DIPLOMACIA INGLESA Y EL FIN DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

I

El 15 de noviembre de 1938 llegaba a su final la última gran batalla de la guerra civil española. Dos ejércitos republicanos habían cruzado el Ebro la madrugada del 25 de julio, habiendo combatido durante ciento catorce días para defender la cabeza de puente y el avance que habían hecho pocas horas antes del amanecer. Se habían retirado en buen orden, perdiendo relativamente pocas armas. El frente de Franco se hallaba estable en la España meridional y occidental. En los alrededores de Madrid, sus ejércitos se enfrentaban con grandes fuerzas bien preparadas, que se habían aprovechado de una larga calma para fortificar sus frentes. Franco había tenido ya un contratiempo durante el verano de 1938 cuando intentaba bajar a Valencia. Pero entonces, el gran premio de Cataluña, sede del Gobierno y del Estado Mayor, centro industrial y reserva humana, estaba a su alcance. Había sido firmado el acuerdo de Munich y sabía que las grandes potencias nunca acudirían en socorro de la República española. Un esfuerzo vigoroso, y el enemigo se hundiría. Así, el 23 de diciembre de 1938 las divisiones de Franco pasaron a Cataluña. En seis semanas todo había terminado. Barcelona cayó el 26 de enero de 1939. Del 5 al 9 del febrero siguiente, alrededor de 200.000 soldados y más de 150.000 paisanos¹, muchos de ellos enfermos o heridos, y padeciendo en su mayoría las privaciones de la guerra, cruzaban la frontera francesa para ser recibidos por funcionarios, policías y paisanos que habían esperado a 50.000, y que se vieron abrumados en el mejor de los casos y, en el peor, estaban decididos a hacer las condiciones tan desagradables que la mayor parte de los refugiados prefiriesen volver a España a probar suerte.

¹ *Foreign Office file W2694*. Sin embargo, un estudio reciente calcula que cruzaron la frontera 270.000 militares, 170.000 paisanos y 13.000 enfermos y heridos: un total de 453.000. D. W. PIRE: «500.000 refugiados españoles entran en Francia», *Historia y Vida* número 60. Barcelona, marzo 1973.

Franco no lanzó más ofensivas. El doctor Negrín, presidente republicano del Consejo, y algunos miembros del Gobierno, regresaron a España, errando de Valencia a Madrid alrededor de los cuarteles generales del ejército, para establecerse finalmente en una finca de Elda, en la provincia de Alicante. Entre tanto, el coronel Casado, comandante del ejército central, convencido de que era inútil seguir luchando, y acosado por el temor de que los comunistas intentasen una resistencia hasta el último extremo, para demorar el final hasta la guerra mundial que se esperaba, o para dejar tiempo suficiente a que sus dirigentes se retirasen, negociaba el apoyo de altos oficiales para un golpe que proyectaba y lanzó el 5 de marzo de 1939. Casado encontró la resistencia de fuerzas comunistas, pero le ayudaron otras de carácter predominantemente anarquista. Los comunistas fueron derrotados y Casado comenzó negociaciones con Franco después de haber mantenido ligeras relaciones con los nacionales durante algún tiempo². Estas conversaciones se interrumpieron y Casado abandonó España a bordo del inglés *Galatea*. Otros barcos se llevaron algunos centenares de la multitud de refugiados que abarrotaban los muelles de Alicante. En este artículo intento examinar, revisando los archivos de la Oficina Británica del Exterior, el papel y la actitud del Gobierno de Su Majestad a fines de la guerra española y la evacuación de los refugiados.

II

A fines de diciembre de 1938, el representante diplomático inglés en Barcelona, Mr. Stevenson, en comunicación a Londres, manifestaba su opinión de que resultaría difícil al Gobierno español resistir a las presiones para hacer la paz con tal de que Franco cambiase su actitud y ofreciese condiciones razonables³. «Condiciones razonables» había llegado a significar una declaración clara e inequívoca de que no se tomarían represalias o de que se permitiría dejar el país a quienes corrían más riesgo en caso de victoria de Franco. Las vicisitudes de la guerra española estuvieron acompañadas de las clásicas violencias contra los adversarios. Además, la

² El informe nacional sobre el golpe de Casado, con detalles sobre las negociaciones secretas con el enemigo, está registrado en el legajo CGG 277 del «Archivo de la Guerra de Liberación del Servicio Histórico Militar de Madrid». Puede verse otro informe publicado en: J. M. MARTÍNEZ BANDE: *Los Cien Últimos Días de la República* (Luis de Caralt), Barcelona, 1973.

³ *Foreign Office file W 392*, 30 de diciembre de 1938.

Secretaría Nacionalista del Exterior sabía que había poca probabilidad de obtener un acuerdo de alto el fuego, pero intentaría persuadir a la España republicana a que se rindiese. Así lo dijo en respuesta a una solicitud de intervención por parte del ex ministro español Manuel de Irujo en carta de 17 de enero de 1939, añadiendo no estar convencida de que la República hubiese licenciado realmente a todos los no españoles de sus tropas, a pesar de la retirada de las Brigadas Internacionales en octubre de 1938, que había sido parte de una demostración de buena fe del doctor Negrín, intentando además obligar a Franco a despedir a sus tropas italianas⁴. Este fue un indicio de la actitud de la Oficina del Exterior, pues recibía constantes informes de la presencia de alemanes e italianos en las tropas nacionales y, como se verá, el afán de la Oficina del Exterior porque Franco despidiese a esos aliados después de la guerra y quedase amigo de Inglaterra le hacía reacia a insistir demasiado para que llegase a un acuerdo sobre represalias.

Durante la primera semana de febrero de 1939, la situación se hizo apremiante. Llegaban cables, informes y cartas cada hora. Los informes sobre el estado del ejército republicano, nunca muy explicativos, no habían mostrado que no podría resistir a Franco por más de una semana ni que las 49 divisiones de otros frentes no pelearían en táctica de divertimiento para ayudar al grupo de ejército de Cataluña. A punto de cruzar la frontera, el presidente Manuel Azaña se comunicó con Mr. Stevenson, «suplicándole» que persuadiese al Gobierno inglés y, por medio de él, al francés a proponer la cesación de las actividades y que se humanizasen las secuelas de la guerra⁵. Eso fue en la tarde del 4 de febrero. El día anterior, Mr. Stevenson había citado que el doctor Negrín celebraría una gestión internacional basada en las tres condiciones famosas de paz a las que había reducido el presidente del Consejo español sus trece condiciones de octubre de 1938, y que eran: la completa independencia de España, libres elecciones por el pueblo y las promesas de que no habría represalias y de evacuación para quienes quisieran marcharse.

III

La Oficina del Exterior reaccionó con presteza, cablegrafiando a Mr. Stevenson, a las doce cuarenta y cinco horas del 5 de febrero, que pidiese

⁴ *Foreign Office file W975*, 17 de enero de 1939.

⁵ *Foreign Office file W374*.

una respuesta clara a esta pregunta: ¿Ordenaría Negrín a sus tropas que depusiesen las armas si Franco diese estas garantías? ⁶. Quince minutos después salía un cable para Mr. Jerram, encargado de Negocios en Burgos, la capital de los nacionales, dándole instrucciones de que obtuviese respuesta de Franco ⁷.

Pero en la madrugada de aquel domingo, 5 de febrero, Azaña, Negrín, Martínez Barrio, presidente de las Cortes; el ex jefe del Gobierno Giral y otros se habían puesto en camino para recorrer los pocos kilómetros hacia la frontera.

Mr. Stevenson, procurando cumplir sus instrucciones, buscaba a Negrín por la zona fronteriza. Por fin, a las veintitrés quince horas, cablegrafió a Londres que no podía encontrar al primer ministro errante ⁸.

Entre tanto, la Oficina del Exterior había tenido más tiempo para considerar su postura y el 6 de febrero, a las veintiuna horas, cablegrafió a Jerram a Burgos que no diese ningún paso para abordar a Franco antes de haberse averiguado la postura francesa ⁹. El mismo día, Stevenson había tenido una entrevista con el ministro español de Exteriores, Alvarez del Vayo, en un campo francés y le hizo la pregunta de la Oficina del Exterior. Del Vayo se comprometió a tener preparada la respuesta para las seis de la tarde del 7 de febrero ¹⁰.

Esta respuesta, cablegrafiada por Stevenson a las veintitrés cuarenta horas del 8 de febrero, no era justo lo que deseaba la Oficina del Exterior: Negrín subrayaba las fatales consecuencias que tendría una victoria de Franco para la seguridad inglesa y francesa en el Mediterráneo occidental y aludía a la gran cantidad de material de guerra recién enviado por la Unión Soviética y embargado en Francia, pero daba su conformidad a la inmediata cesación de hostilidades si Franco aceptaba sus tres condiciones ¹¹. Negrín echaba además la responsabilidad sobre los hombros de las democracias occidentales, pidiéndoles que ayudasen a la evacuación. Era

⁶ *Ibidem.*

⁷ *Ibidem.*

⁸ *Ibidem.*

⁹ *Ibidem.*

¹⁰ *Ibidem.*

¹¹ Ignacio Hidalgo de Cisneros, comandante del ejército republicano del Aire, negoció un enorme suministro de armas, que salió de Murmansk a fines de 1938. Los dos primeros barcos llegaron a Burdeos a tiempo de que se llevase su carga a Cataluña, pero el Gobierno francés detuvo el transporte hasta que fue demasiado tarde: HIDALGO DE CISNEROS: *Cambio de Rumbo*, Bucarest, s. ed., 1964, vol. 2, 247 pp.

opinión de Stevenson que Negrín quería rendirse y que sería suficiente una declaración formal de aquiescencia de Franco.

La Oficina del Exterior se encontró entonces en aprietos por sus propios manejos. Quería disfrutar de influencia sin asumir responsabilidades. Negrín no podía esperar tratar directamente con Franco, pero el Gobierno inglés insistía en que las propuestas de paz emanasen del Gobierno español. Sin embargo, la Oficina del Exterior tenía que haber sabido que Franco no aceptaría condiciones cuando estaba llevando la guerra a feliz término, especialmente cuando había sido intransigente en fechas anteriores y menos seguras.

El entusiasmo que la Oficina del Exterior había mostrado el 5 de febrero por transmitir las condiciones se había desvanecido el 9, cuando una minuta comentaba que el Gobierno de Su Majestad «debería intervenir hasta que Negrín regresase, si regresaba»¹².

Entre tanto, el Gobierno inglés había decidido reconocer a Franco aunque Negrín se negase a rendirse y dio instrucciones a sir Robert Hodgson, nuevo representante en Burgos, de que lo comunicase y subrayase que las relaciones serían mucho mejores si Franco «contribuyese» en cuanto a los tres puntos de Negrín¹³. En retrospectiva, es difícil imaginar un método menos probable para resolver el problema. Un examen de la conducta de Franco desde el principio de la guerra habría indicado que no era probable que una gestión inglesa, a menos que se ejerciese de manera palpable, le podría haber inclinado precisamente a las condiciones contra las que estaba en desacuerdo. Sus partidarios bramaban por la sangre de aquellos a quienes consideraban responsables de los asesinatos en la España republicana. Y, en todo caso, no tenía intención de permitir que el Eje mantuviese sus tropas en España. La manera para que el pueblo español escogiese su régimen político era lo que él creía que había traído el caos a la nación.

Casi siempre con excusas, dudando de si se inmiscuiría en asuntos internos, la Oficina del Exterior ordenó a Hodgson que transmitiese a Franco las ideas de Negrín. El mismo día, 14 de febrero, el embajador de la República en Londres, Pablo de Azcárate, acudió a la Oficina del Exterior para informarla de que el Gobierno español había regresado a Madrid¹⁴. Estaba clara la nota provocativa de Negrín. Su Gobierno, dijo Azcárate,

¹² *Foreign Office file W374.*

¹³ *Foreign Office file W2362.*

¹⁴ *Foreign Office file W374.*

no pedía al Gobierno de Su Majestad que interviniese, sino primeramente preguntaba si podría remitir una propuesta de alto el fuego bajo las condiciones de Negrín, que, según dijo el embajador, eran bastante razonables y habían de cumplirse a menos que fuesen a proseguir las hostilidades. La Oficina del Exterior se dio cuenta entonces del dilema en que se había envuelto por su deseo de influir sin responsabilizarse. La nota de comentario sobre la visita de Azcárate decía que si la Oficina del Exterior sugiriese esas condiciones a Franco, se haría responsable de ellas, enmistándose por tanto con el futuro jefe de España. Si, por otra parte, rechazaba la petición de Negrín, se haría responsable del terrible derramamiento de sangre que acarrearía una defensa desesperada de Madrid y de todo el territorio republicano¹⁵.

Los diputados laboristas no tardaron en instar al Gobierno a que tomase postura a favor de las condiciones de Negrín. El 15 de febrero se hicieron dos preguntas al Gobierno pidiéndole que tomase medidas efectivas para proponer el alto el fuego. A consejo de la Oficina del Exterior, el primer ministro, Neville Chamberlain, contestó: «El Gobierno de Su Majestad tiene el mayor afán por ver que la guerra termina en España sin más derramamiento de sangre y mantendrá relaciones con ambas partes por si desean sus servicios para reunirlos. Pero al presente no considera aconsejable tomar la responsabilidad de patrocinar cualesquiera condiciones particulares de acuerdo.»

La respuesta era inequívoca. Los republicanos habían hecho su petición. Sir Robert Hodgson la había comunicado a los nacionales sin recibir respuesta. El Gobierno de Su Majestad no haría más, excepto tímidas gestiones sobre el asunto de las represalias.

Esta condición de las represalias era la única en que la República podía haber abrigado alguna esperanza. Pero el 13 de febrero publicó sus intenciones en la ley de Responsabilidades Políticas¹⁶, que podía penar hasta con quince años de prisión, considerables multas y pérdida de la nacionalidad los delitos políticos cometidos incluso desde el mes de octubre de 1934. La Oficina del Exterior se procuró pronto una traducción¹⁷ y no

¹⁵ *Ibidem.*

¹⁶ *Boletín Oficial del Estado*, Burgos, 13 de febrero de 1939.

¹⁷ *Foreign Office file W4129.*

pudo dejar de observar que toda persona convicta de «rebelión», es decir, de oponerse a la rebelión nacionalista, incurriría *ipso facto* en responsabilidad política.

Así, pues, todos los republicanos en puestos de responsabilidad sabían que era imposible una paz negociada a menos que el Gobierno inglés ejerciese al máximo su influencia para moderar la determinación de Franco a imponer represalias.

Para mérito de la Oficina del Exterior, intentó repetidamente conseguir respuesta de Burgos sobre esta cuestión de las represalias. El 16 de febrero, el representante nacionalista en Londres, el duque de Alba, que tenía relación y amistad personal con algunos altos funcionarios de Whitehall, se encargó de cablegrafiar a Burgos sobre el asunto¹⁸.

Por fin se recibió la respuesta de Franco el 18 de febrero. Era sencilla: rendición incondicional. Así, se hizo inútil la tentativa del vizconde Halifax de impulsar a Azcárate a conseguir que su Gobierno fuese más específico, porque, como había dicho el secretario del Exterior, «una demora perjudicaría a Franco¹⁹, pues ya era evidente que la mediación estaba descartada. Había creciente inquietud por la venganza de los nacionales. Hubo presiones de personajes públicos, e incluso del arzobispo de York, a quien contestó el vizconde Halifax el 23 de febrero. El secretario del Exterior escribía que tenía presente la cuestión de las represalias. Estaba seguro de que no había listas de personas para fusilar, pues eso no correspondía «al carácter de Franco». Y terminaba con la anodina observación: «Hemos tomado todas las medidas en nuestro poder para satisfacer la mucha inquietud que se ha sentido y se siente sobre este tema...²⁰. Es difícil pensar que se tome una medida para *calmar* inquietudes.

IV

El Gobierno inglés quizá pudo haber ejercido un influjo moderador. Pero, ¿lo habría hecho? Los nacionales tuvieron la oportunidad de ver hasta dónde llegaría Whitehall al plantearse la cuestión de ayudar a los refugiados republicanos. Unos 450.000 habían cruzado la frontera francesa

¹⁸ *Foreign Office file W3177.*

¹⁹ *Foreign Office file W3238.*

²⁰ *Foreign Office file W3617.*

la segunda semana de febrero de 1939. A pesar de una riada de testimonios de las organizaciones de socorro, de la prensa y de particulares sobre las espantosas condiciones de los campos de Argeles, playa de San Cipriano y otros, la Oficina del Exterior esperaba que Franco vencería pronto y que la mayor parte de los refugiados regresarían a España. Los franceses estaban irritados con razón por los informes de la prensa inglesa sobre los campos, más aún cuando el Gobierno inglés no había querido ni ceder el buque hospital *Maine* para situarlo frente a la costa y atender a los enfermos más graves²¹.

Constantemente apremiado en el Parlamento, el Gobierno hizo una donación de 50.000 libras a la Cruz Roja Británica. Miss Eleanor Rathbone, diputada y permanente defensora de los refugiados, indicó que el general Kennedy, que se había encargado de las actividades de la Cruz Roja Británica en Francia, era conocido por sus simpatías por los nacionales. Una ojeada a los informes del general Kennedy es ilustrativa: negaba las tan divulgadas condiciones, declarando que no eran peores que las soportadas por el soldado inglés durante la guerra mundial. Claro que en las trincheras no hubo mujeres ni niños y que, a diferencia de los españoles, las tropas a veces podían disponer de agua limpia, alimentos y cuidados médicos. Sin embargo, la Oficina del Exterior echó mano a los informes del general Kennedy con comentarios de alivio como este: «No es tan malo como todo el mundo lo hace...»²². Parece obstinada ceguera. Por un general Kennedy, había docenas de informes sobre las verdaderas circunstancias de los refugiados.

V

El 27 de febrero de 1939, el Gobierno de Su Majestad reconoció de *iure* al Gobierno español de los nacionalistas. La suerte estaba echada. Ya sólo había comunicación oficiosa con la España central y suroriental, todavía en manos republicanas.

La cuestión de la evacuación se hizo entonces crítica. Mr. Goodden, cónsul inglés en Valencia, se convirtió en el principal destinatario de las

²¹ *Foreign Office file W2694.*

²² *Ibidem.*

instrucciones de la Oficina del Exterior²³, aunque los escritores españoles aluden frecuentemente a las influencias y promesas de un tal Mr. Cowan. Parece útil intentar seguir las actividades de este último en los archivos de la Oficina del Exterior.

Era miembro de la comisión nombrada por el Gobierno de Su Majestad con el objeto de negociar entre las partes contendientes en España un intercambio de prisioneros, rehenes y otros detenidos. Su presidente era el mariscal de campo sir Philip Chetwode y, sus otros miembros, el coronel Hay, de los ingenieros reales, y el comodoro del Aire W. F. MacNeice Foster, destacados provisionalmente²⁴.

La correspondencia del mariscal de campo Chetwode con el vizconde Halifax y el ministro nacional del Exterior, general Jordana, muestra que le fue muchísimo más fácil tratar con las autoridades republicanas que con las de Burgos. Comprendió que ningún bando estaba dispuesto en realidad a entregar sus rehenes. En todo caso, la Oficina del Exterior no quería apremiar demasiado a Negrín en la cuestión de los simpatizantes nacionales en prisión u ocultos en las Embajadas, por si tenía que hacer lo mismo con los republicanos importantes detenidos por los nacionales.

Denys Cowan era el oficial de enlace en Madrid de la comisión de Chetwode. Aparece en escena el 16 y 20 de febrero de 1939, cuando vio al coronel Casado, entonces comandante del ejército central, y tomó inclinación por él, calificándolo como «un oficial de la vieja escuela». No es nada sorprendente que Cowan se relacionase con Casado sin ser el cónsul en ejercicio²⁵. Casado estaba muy preocupado por los simpatizantes de los nacionales que estaban en la cárcel y, durante sus conversaciones de paz del mes siguiente, advirtió a los nacionales que el obligarle a una resistencia desesperada quizá pudiera provocar una matanza de esos prisioneros. En la febril atmósfera de Madrid, las visitas de Cowan se notaron, pero no parece haber prueba de que tuviese parte alguna en convencer a Casado de que se rindiese²⁶.

²³ Mr. Goodden tuvo la amabilidad de concederme una entrevista el 25 de julio de 1974.

²⁴ *Foreign Office file W5395*.

²⁵ Lo era un tal Mr. Milanés. Sobre las conversaciones Cowan-Casado, véase: *Foreign Office file W5827*.

²⁶ MARTÍNEZ BANDE, *op. cit.*, p. 99, sugiere lo contrario.

VI

Entre tanto, el Gobierno inglés, o más bien su cónsul (y posiblemente agente M. I. 6) en Palma de Mallorca, comandante Alan Hillgarth, había realizado un ejercicio diplomático de libro de texto²⁷. El 26 de enero de 1939, el comandante Hillgarth informó que era inminente un vigoroso ataque aéreo nacional a la isla de Menorca, en manos de los republicanos. La Fuerza Aérea Italiana de Mallorca había sugerido que el comandante Hillgarth acompañase a un portavoz en un barco inglés a Menorca para convenir las condiciones de rendición. La reacción inmediata de la Oficina del Exterior fue que en ningún caso podía verse actuando como mediador al capitán de un barco inglés. Además, el Gobierno republicano y Franco debían estar de acuerdo con el plan. La información del comandante Hillgarth fue que Franco había consentido y que el general Brandaris, el comandante militar republicano, era independiente de la autoridad de su Gobierno, disperso entonces por la carretera de Barcelona a Francia. Brandaris pidió la amnistía, excepto para los delincuentes comunes. Franco, naturalmente, no lo habría consentido, pero el comandante Hillgarth subrayó que una rendición rápida probablemente reduciría la influencia italiana en la isla, que era la principal preocupación de la Oficina del Exterior.

Había varios factores favorables a la rendición propuesta. Los dirigentes nacionales locales habían sido autorizados a ofrecer condiciones razonables y el Gobierno republicano no tenía autoridad efectiva en Menorca. Franco prefirió no atacar, lo cual significaba que la fuerza aérea italiana no tendría papel que representar. Más aún, el 3 de febrero dijo el Gobierno francés que no tenía objeciones al plan del comandante Hillgarth. El mismo día, la aviación nacional lanzó octavillas que amenazaban con un duro bombardeo a menos que la isla se rindiese en una semana.

El comandante Hillgarth, el almirante Tovey, principal oficial de Marina, el almirante nacional Moreno y el conde de San Luis, principal oficial de la aviación nacional en Mallorca, que estaba autorizado para conducir las negociaciones, acordaron un procedimiento. El comandante Hillgarth y el almirante Tovey acompañarían a San Luis en el *Devonshire*, barco que

²⁷ El episodio de Menorca está en el *Foreign Office file W314*.

había estado llevando prisioneros de guerra italianos liberados de Valencia a Palma. Llegarían a Mahón a las nueve de la mañana el martes 7 de febrero. Los ingleses no participarían en las negociaciones. Se había acordado que los nacionales no entrarían en actividades aéreas en los alrededores de Menorca desde la partida del *Devonshire* de Palma hasta su regreso. A la rendición no desembarcarían tropas no españolas.

Otro indicio del afán de la Oficina del Exterior por que no se la viese mediando es que se ordenó al comandante Hillgarth que no navegase en el *Devonshire*.

Cuando este barco llegaba, a las nueve horas del 7 de febrero, el general Brandaris había partido. Su sucesor era el capitán José Luis Ubieta, a quien el capitán Muirhead-Gould rindió la habitual visita de cortesía, a las once horas. Ubieta devolvió la visita a la una de la tarde, acompañado por su segundo. Los oficiales republicanos se reunieron a bordo con San Luis. Ubieta rechazó primeramente las condiciones ofrecidas por San Luis, pero, después de alguna discusión, prometió cablegrafiar a la Península y darle respuesta el día siguiente.

Durante la reunión del 8 de febrero, San Luis amenazó con una tremenda acción militar. Ubieta replicó provocativamente. San Luis indicó entonces que el Gobierno republicano había huido de España. Los escritores españoles pretenden que el capitán Muirhead-Gould instó a Ubieta a ceder²⁸, lo cual no parece probable, en vista de que la Oficina del Exterior no quería actuar como mediadora. Ubieta flaqueó y consintió en rendirse, pidiendo sólo que pudieran evacuarse treinta o cuarenta personas.

Así se convino, aunque de hecho el *Devonshire* estaba abarrotado y tenía que tomar a bordo a 450 personas. San Luis nombró un gobernador interino hasta que desembarcasen las tropas nacionales. El *Devonshire* permaneció en el puerto para evitar que los simpatizantes de los nacionales arremetiesen a ciegas antes de que las autoridades pudiesen tomar el mando. Después navegó para Marsella.

La situación era delicada, sin embargo, pues la aviación italiana había bombardeado la isla durante las noches del 8 y 9 de febrero. La Oficina del Exterior estaba muy preocupada por el efecto de la incursión sobre la opinión pública inglesa, pero se tranquilizó al informar el comandante Hillgarth que se había castigado al brigadier italiano responsable. De hecho,

²⁸ Véase, R. SALAS LARRAZÁBAL: *El Ejército Popular de la República* (Editora Nacional), Madrid, vol. 2, pp. 2237-2239.

este bombardeo fue afortunado para la diplomacia inglesa, pues hizo que el almirante Moreno exigiese una retirada inmediata, y no gradual. Todo había resultado de la mejor manera. En consecuencia, la Oficina del Exterior derramó gratitudes sobre los nacionales y anotó que: «Este es verdaderamente un notable primer fruto de nuestro intento de "arreglárnoslas" con Franco...». Ciertamente que, continuaba la minuta, el portavoz parlamentario no debía herir el orgullo español leyendo cómo el almirante Moreno justificaba el bombardeo que había causado varios muertos civiles.

Naturalmente, hubo preguntas en el Parlamento. En particular, los diputados querían saber por qué no se había consultado a Azcárate, embajador del país cuyo territorio se había entregado con la ayuda inglesa. Chamberlain respondió blandamente que las autoridades republicanas nunca lo habrían consentido. Ya no se necesitaba para nada en realidad el consentimiento del Gobierno republicano, pero el Gobierno de Su Majestad no habría hecho nada sin el de Franco. Azcárate protestó en debida forma, pero el secretario del Exterior le dio una respuesta evasiva. El episodio terminó con mutuos cumplidos entre la Oficina del Exterior y el duque de Alba, representante todavía oficioso de los nacionales, quien dijo que Franco esperaba poder recompensar algún día a los oficiales y hombres del *Devonshire*, declaración que no se publicó. Si se hubiese publicado, las preguntas de los Comunes no habrían podido tener respuesta. En su informe, fechado el 4 de marzo de 1939, el comandante Hillgarth escribía que el *Devonshire* había evitado una matanza en Menorca y que se habían ido todos los italianos y alemanes²⁹.

VII

Por tomar Menorca como ejemplo, parecía que la Oficina del Exterior accedería a recoger a un número pequeño de refugiados si la contrapartida fuese una rendición negociada en el interés de Inglaterra. Mr. Goodden, cónsul en Valencia, que había tenido que ocuparse de las esperadas peticiones de evacuación, recibió instrucciones basadas en el principio de que los barcos de Su Majestad sólo podían llevar refugiados en virtud de un acuerdo de intercambio o en caso de inmediato peligro de muerte³⁰.

²⁹ El capitán Hillgarth tuvo la amabilidad de confirmarme y aclararme esta información, en carta de 22 de junio de 1974.

³⁰ *Foreign Office file W2082*.

El 9 de febrero, Mr. Goodden pidió aclaraciones, como es comprensible, y el 16 de febrero se le cablegrafió, a las veintiuna treinta y cinco horas³¹: «En caso de rendición o caída del Gobierno republicano, está usted autorizado a procurar medios de evacuación a los miembros y funcionarios del Gobierno y familiares si se lo solicitan, si hay acomodo en los barcos de Su Majestad después de evacuar a los súbditos británicos y si usted está convencido de que se hallan en peligro inminente de muerte. Usted informará a esos refugiados que el Gobierno de Su Majestad espera se abstengan de ulterior participación en el conflicto español. Sin embargo, usted no adelantará garantías a ninguna persona de que se podrá disponer de tales medios, pues por creer que podría escapar junto con sus amigos en el último momento, el Gobierno español no podría sino verse estimulado a seguir luchando.»

Mr. Goodden no contestó hasta el 27 de febrero, discrepando del análisis de la Oficina del Exterior y afirmando que, en su opinión, cesaría la resistencia si los barcos ingleses llevasen a cinco mil o diez mil refugiados a un puerto francés.

La actitud real de puertas adentro, tan diferente de la eficacia con que se evacuaba frecuentemente a los prisioneros italianos desde Valencia, embarcándolos para la Mallorca nacional, se ve en una minuta de Mr. Montagu-Pollock, primer secretario de la Oficina del Exterior, comentando una carta de Wilfred Roberts, diputado que había escrito sobre la evacuación y la recepción de refugiados españoles. Después de repetir los argumentos habituales, Montagu-Pollock concluía: «Temo no poder ver salida de este atolladero y que sea difícil ocultarlo mucho tiempo ante Mr. Roberts y sus amigos.»

A lo cual seguía un comentario revelador del segundo subsecretario, sir George Mounsey: «¿Por qué la comisión de Mr. Roberts no fleta un barco mercante y se los lleva a todos a Rusia, donde los recibirán muy cordialmente?»³².

Aparte de exhibir enorme insensibilidad, esta observación demuestra la ignorancia de su escritor. La mayor parte de los refugiados eran republicanos, socialistas y anarquistas, de firme opinión anticomunista.

De hecho, Montagu-Pollock convino gradualmente en la idea de que

³¹ *Ibidem.*

³² *Foreign Office file W2082*, 20 de febrero de 1939.

había de reconsiderar la política hacia la evacuación, especialmente desde que el régimen de Casado había tomado el poder el 5 de marzo. Como escribía, los diputados estaban apremiando y el Gobierno de Su Majestad iba a tener que enfrentarse con el problema, en particular, por haber reconocido ya a Franco sin haber obtenido seguridades sobre las represalias. Sir George Mounsey deseaba, sin embargo, «desvanecerse del cuadro»³³.

Debemos decir que las minutas parlamentarias de apoyo a los refugiados republicanos quedaron señaladas por interrupciones de: «¡Asesinos!», aludiendo a criminales entre los fugitivos, algunos de los cuales tendrían que haber estado complicados en los asesinatos ocurridos en la zona republicana a comienzos de la guerra. El Gobierno había dicho que no podía ponerse en situación de ayudar a tales personas, aunque debía haber sabido que la ley de Responsabilidades Políticas se utilizaría contra los demás, así como el Código de justicia militar, con juicios sumarios.

Pero entonces ya estaban perdiendo consistencia las excusas para no conceder la evacuación basadas en no querer estimular la resistencia de los republicanos o en no admitir criminales en los barcos de guerra de Su Majestad. Ya no se trataba de Negrín ni de los comunistas, sino del coronel Casado y del respetado Julián Besteiro, consejero de Estado en el Gobierno de Casado y catedrático universitario, así como de destacados periodistas, sindicalistas y otros.

Pero, en respuesta a una pregunta parlamentaria, y a consejo de la Oficina del Exterior, Chamberlain declaró con rara franqueza que se negarían los medios de evacuación a menos de obtenerse consentimiento previo de Franco. A insistencia del diputado Arthur Henderson, en otra pregunta formulada el 13 de marzo, el primer ministro dijo que no tenía nada que añadir a su respuesta anterior. En realidad, se había hablado al duque de Alba de la posible evacuación, pidiéndole que preguntase a su Gobierno si tendría alguna objeción. También se dio instrucciones a Robert Hodgson para que advirtiese a Burgos. Pero no llegó ninguna respuesta, según dijo a Miss Rathbone, el 16 de marzo, el subsecretario parlamentario Mr. R. A. Butler.

³³ *Ibidem*, 6 de marzo de 1939.

VIII

Mientras tanto, Mr. Cowan trataba con Casado. Pero no parece haberlo influido mucho. Había establecido relación con Casado y Besteiro con anterioridad y, tan pronto como se había consumado el golpe del 5 de marzo, esperó comenzar negociaciones inmediatas con ellos sobre los prisioneros y refugiados en el edificio de la Embajada inglesa, que no tenía ya condición diplomática. Vio a estos dos dirigentes el lunes 13 de marzo, pero «estaban demasiado ocupados para prestar mucha atención a mi asunto particular». No teniendo condición oficial, escribe, por no estar reconocido el Gobierno de Casado por el Reino Unido, sólo podía dar detalles de su misión y esperar respuesta. En opinión del coronel Hay, había que tomar algunas medidas para asegurar la evacuación de los dirigentes republicanos si no podría haber una matanza de dirigentes nacionales³⁴.

No hay prueba de que así fuera en realidad. Verdad es que Casado advirtió a los nacionales que la obstinación en pedir una rendición incondicional provocaría un baño de sangre y que entre otras cosas pidió un momento de respiro para la evacuación³⁵. Pero no hubo matanza.

En cuanto podemos juzgar, Cowan no tuvo parte alguna en persuadir a Casado a ceder ante los nacionales. No había nada que Casado más desease. Cowan tampoco tenía autoridad para prometer ayuda inglesa en la evacuación, pues la Oficina del Exterior había dictado claras instrucciones de que no debían hacerse tales promesas. En todo caso, la Oficina del Exterior se había negado a apelar a Franco a que asintiese a la petición de Casado de un plazo de veinticinco días para la evacuación³⁶. Por consiguiente, y a falta de más pruebas, podemos limitar la obra de Cowan a la información dada por el mariscal de campo Chetwode en su informe de 13 de abril de 1939: Cowan había permanecido en Madrid «con gran riesgo, contribuyendo a la seguridad de los refugiados y prisioneros nacionales»³⁷.

³⁴ *Foreign Office file W5395*.

³⁵ S. CASADO: *The last days of Madrid* (Peter Davies), Londres, 1939, pp. 222-223.

³⁶ *Foreign Office file W4674*, 20 de marzo de 1939.

³⁷ Es posible que Cowan estuviese trabajando para el servicio inglés de información y convenciesese en realidad a Casado a rendirse. Este tuvo, desde luego, la alternativa de convencer a sus ejércitos para que resistiesen durante un período mínimo a fin de que los refugiados pudiesen marcharse. Pero no hay prueba que apoye esta teoría, y sí algunas que sugieren que las consecuencias de tal resistencia habrían sido aún más catastróficas para los derrotados de lo que parecía serían en aquel tiempo.

IX

Volviendo a los Comunes, la infatigable Miss Rathbone se levantó el lunes 27 de marzo para preguntar si Franco había aprobado la evacuación de refugiados en barcos ingleses. Mr. Butler admitió que no se había dado respuesta a las consultas de la Oficina del Exterior. En contestación a una pregunta complementaria, dijo que «la insistencia podría provocar la respuesta que menos desearía la Honorable Miembro».

Esto era expresivo, pues significaba que la Oficina del Exterior tomaba el silencio de Franco como consentimiento tácito, supuesto que no se emprendiese una evacuación considerable.

El martes 28 de marzo, sin embargo, la situación todavía era incierta. Una minuta de la Oficina del Exterior comentaba: «Parece que los nacionales están intentando ganar tiempo, en la esperanza de que eventualmente les sea posible no dar ninguna respuesta en absoluto», esto es, que ocupasen toda España.

El mismo día, 28 de marzo, desvanecida toda esperanza de un acuerdo negociado, considerando Franco sin avanzar, y marchándose de los frentes los ejércitos republicanos, empezaron a congregarse masas de refugiados en los puertos mediterráneos. El coronel Casado había huido de Madrid a Valencia e intentaba mantener el orden mientras esperaba a Franco por un lado y a los barcos de evacuación por otro. A las nueve quince de aquella noche envió un cable al primer ministro y al Gabinete inglés, rogándoles que mandasen barcos para llevarse a 10.000 refugiados a Orán y Marsella. Ya se habían embarcado refugiados en barcos mercantes que la Marina estaba obligada a proteger, pero no había medio de llevarse las masas amontonadas en los muelles de Alicante³⁸.

El general Miaja, que había tenido el mando supremo en la España central y meridional, había pedido antes aquel día a Mr. Goodden que le permitiese embarcar a él y su plana mayor. Mr. Goodden había pedido a Londres que le aclarasen la frase «en peligro inmediato de muerte», para ver si podía permitir que embarcasen. Mr. Goodden no estaba contento de la claridad de sus instrucciones, aunque era manifiesto que los

³⁸ Eduardo de GUZMÁN: *La Muerte de la Esperanza* (Gregorio del Toro), Madrid, 1973, ofrece una vívida narración de la desesperada e infructuosa espera en Alicante.

partidarios de los nacionales estaban saliendo a la calle y que los oficiales principales serían las primeras víctimas³⁹.

La mañana del viernes 29 de marzo, Casado dictó instrucciones de rendición en todos los frentes. Aceptó la oferta de la Legación panameña en Valencia de acoger a su esposa bajo su protección. Después escribía que, si hubiese trabajado para el Gobierno inglés, habría puesto a su mujer bajo su bandera⁴⁰.

Era imposible permanecer en Valencia, que había sido tomada por los paisanos nacionales. A las cuatro de la tarde, Casado se dirigió en coche al puerto de Gandía. Fuera del puerto estaba el *Galatea*, con Mr. Goodden a bordo consultando con el capitán. El *Galatea* había llegado para proteger los intereses de la Gandía Harbour and Railway Company, de propiedad inglesa. Había también un acuerdo oficioso de que la aviación nacional no bombardearía a Gandía mientras hubiese en el puerto un barco inglés⁴¹.

Había unos ciento cincuenta refugiados en el grupo de Casado y se procedió a conversaciones urgentes entre Mr. Goodden, el capitán del *Galatea* y el contraalmirante Tovey, mientras los refugiados se impacientaban.

De repente, según cuenta Goodden en su informe, unos trescientos soldados aparecieron en el muelle amenazando disparar. Casado les convenció de que fuesen a Alicante e intentasen marcharse por allí. Así, ayudado sólo por una escolta desarmada de la Infantería Real de Marina, Casado había salvado una situación peligrosa⁴².

Es bastante extraño que Casado no hiciese ninguna mención de este episodio, aunque siempre se las arregla para presentarse en su libro en el mejor aspecto. De hecho, esos soldados probablemente eran un grupo de hombres andrajosos y hambrientos que buscaban comida.

A última hora de la tarde, la Oficina del Exterior decía, cablegrafiando a Mr. Goodden, que interpretase sus instrucciones «de manera tan prudente y generosa como fuese posible». A las cinco, el cónsul dijo a Casado

³⁹ Miaja blandió un pasaporte que había obtenido meses antes. Parece ser que Mr. Goodden estaba preocupado por establecer un precedente si permitía que embarcase cualquiera. Sin embargo, la noche del 28 dijo a Casado que lo recogería (entrevista citada). No hay ningún otro testimonio de que se diese esta seguridad.

⁴⁰ CASADO, *op. cit.*, p. 262.

⁴¹ Mr. GOODDEN, entrevista citada.

⁴² *Foreign Office file W2082*.

y a su grupo que embarcasen, en el entendimiento de que «al Gobierno de Su Majestad quedará decidir sobre su destino final».

Cualquier cosa que esto significase, Casado entendió que, si lo pedía Franco, lo entregarían.

Según Mr. Goodden, Casado se negó primero y consintió después en ir a bordo. Casado afirma que se negó a hacerlo hasta estar seguro de que nadie sería entregado. La versión de Mr. Goodden está confirmada por los cables entre los barcos y el Almirantazgo⁴³. Aquella noche embarcaron veinticinco personas en el *Galatea*, comprendido el coronel Casado, que pasó la noche en cubierta. Ya enfermo, empeoró, siendo trasladado al buque hospital *Maine*. Otro telegrama de aquella noche daba instrucción a Mr. Goodden de que se llevase a los 120 oficiales, funcionarios sindicales, políticos, abogados, periodistas y 40 «personas no clasificadas» que estaban esperando. Así lo hizo a las seis de la mañana del 30 de marzo.

X

Por tanto, parece ser que no concedió ningún privilegio particular a Casado y a sus acompañantes. Ciertamente, el capitán del *Galatea* no sabía de ningún acuerdo, pues el día 29 por la tarde indicaba al Almirantazgo que Casado y su plana mayor habían permanecido en Valencia hasta el último minuto para mantener el orden: «El y su grupo, por tanto, parecen ser de las personas que deben embarcarse en uno de los barcos de su Majestad»⁴⁴. Lo único que Inglaterra había hecho por Casado, y a propia iniciativa del cónsul, había sido advertirle un día antes que sería evacuado.

Aunque la Comisión Nacional Conjunta de Socorro a España, en carta a la Oficina del Exterior, convino en ocuparse de hasta trescientas personas, el *Times* informó el 5 de abril que habían llegado doscientas con sus familias el día anterior⁴⁵. Se retuvo a Casado sin ceremonias en un

⁴³ Hay copias archivadas de estos cables, junto con los demás documentos de la Oficina del Exterior. Según Mr. Goodden (entrevista citada), la condición del embarque era una formalidad.

⁴⁴ *Foreign Office file W5263*.

⁴⁵ El 1 de abril, el *Times* había informado que Casado se había rendido y los nacionales le habían sometido a proceso. El 4 de abril informaba del desembarco de Casado en Marsella dentro de un grupo de 72. El *Foreign Office file 2082*, de 12 de abril, decía que habían desembarcado 180. Esta confusión ocurría probablemente porque el *Galatea* trasladó a algunas personas al *Maine*, y a otras, al *Sussex*.

hotel londinense mientras esperaba un visado francés que no llegó⁴⁶. Trabajó en la sección española de la BBC durante la II Guerra Mundial y regresó a España, donde, después de algunas dificultades al principio, permaneció hasta su muerte en 1969.

La minuta de la Oficina del Exterior sobre el informe de Mr. Goodden mostraba satisfacción, pero la Delegación Internacional de Evacuación y Socorro a España protestó, afirmando que podrían haberse recogido 6.000 refugiados en Alicante, cuando sólo habían partido 650; que el cónsul del Reino Unido se había demorado. (La Oficina del Exterior comentó que Mr. Goodden no había mostrado toda la presteza que habría podido, pero, ¿de quién había tomado ejemplo, sino de sus superiores?)

En comentario al informe enviado por la ubicua Miss Rathbone, la Oficina del Exterior dijo que Mr. Goodden no hacía sino cumplir la decisión de lord Halifax. Estaba fuera de cuestión una evacuación a gran escala sin el consentimiento de las autoridades nacionales y Mr. Goodden se limitaba estrictamente a ayudar a las personas «en peligro inmediato de muerte». Había desviado a refugiados a Alicante porque en sus cercanías había barcos mercantes franceses⁴⁷.

XI

Algunos diputados indicaron que la incitación del Gobierno inglés a la política de no intervención en la guerra civil española imponía cierta responsabilidad moral de socorro a las víctimas. El 7 de febrero, una minuta de los archivos de la Oficina del Exterior había reconocido: «Casi con certeza, tendremos la responsabilidad moral o humanitaria de procurar transportes, y tendremos que habérmolas con inmigrantes»⁴⁸.

Así era, particularmente por cuanto la política de los vencedores comprendía un dura represión de los vencidos. La Oficina del Exterior lo sabía sin duda, aunque parece probable que Halifax y Mounsey creyesen que los refugiados, o tenían un miedo innecesario, o eran criminales de quienes el Reino Unido no debía preocuparse.

⁴⁶ Información de Mr. George Hills, que era el jefe de la sección española.

⁴⁷ Véase: Eduardo de GUZMÁN, *op. cit.*, que recuerda haber visto los barcos. Según parece, el miedo a que los refugiados se abalanzasen sobre ellos les impidió entrar en el muelle.

⁴⁸ *Foreign Office file W2082*, 7 de febrero de 1939.

MICHAEL ALPERT

Para ser justos, hemos de entender la política inglesa en relación con la política de apaciguamiento durante el período desde la firma del acuerdo de Munich de septiembre de 1938 y la guerra mundial que se esperaba. Era vital reservar la benevolencia del siguiente Gobierno español y mantener a los italianos lo más alejados posible del Mediterráneo occidental. En esto parece no haberse comprendido la mentalidad de Franco. Sí negó a los italianos bases en las Baleares, pero no por amistad hacia Inglaterra, sino por pensar en lo que él consideraba el mejor interés de España. Supondremos probable que le habría parecido mal una evacuación más positiva de refugiados, pero supondremos también dudoso que hubiese traducido este parecer a una acción práctica que hubiese perjudicado más a Inglaterra de lo que su crasa falta de humanidad dañó a su predicamento moral. En cierto modo, esta insensibilidad no fue tan evidente en los apuros de fines de la guerra como en la ruindad al socorrer a las mujeres y niños que estaban en los campos franceses, y al asistir a las dos mil personas atrapadas en el mercante inglés *Stanbrook*, que había sido embargado por las autoridades de Orán. Afortunadamente para Inglaterra, las tragedias de la II Guerra Mundial, inconmensurablemente mayores, iban a oscurecer la suerte de los refugiados españoles que, a diferencia de los supervivientes de este conflicto, no encontraron abogado para sus agravios.

MICHAEL ALPERT

Traducción de ELOY FUENTE HERRERO.